

CASTIDAD

1. La virtud de la castidad. 2. Importancia para la vida humana y cristiana. 3. La castidad en el propio estado.

“Porque verán a Dios” es el título de la homilía que san Josemaría dedica a tratar de la virtud de la castidad o pureza (cfr. AD, 175-189), a la que, según él mismo decía, “suelo añadir el calificativo de santa” (ECP, 5). Ese título, que remite a las palabras del Señor en el Evangelio –“bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8)–, señala con precisión la clave para percibir la perspectiva desde la que san Josemaría considera siempre esa virtud, “que sin ser la única ni la primera, sin embargo actúa en la vida cristiana como la sal que preserva de la corrupción, y constituye la piedra de toque para el alma apostólica” (AD, 175). Esta doctrina resulta clara si se advierte que la vida eterna consistirá en “ver a Dios cara a cara” (1 Co 13, 12); y que la vida cristiana, en cuanto participación y desarrollo de la gracia santificante, es como el comienzo de la vida eterna en la tierra. De ahí que san Josemaría, que habla del existir de los cristianos como de un caminar en “presencia de Dios” (C, 278) o de ser “contemplativos en medio del mundo” (ECP, 174), subraye con fuerza que, aunque “la santa pureza no es ni la única ni la principal virtud cristiana: es, sin embargo, indispensable para perseverar en el esfuerzo diario de nuestra santificación y, si no se guarda, no cabe la dedicación al apostolado” (ECP, 5).

1. La virtud de la castidad

Creada “a imagen de Dios” (Gn 1, 27), que “es Amor” (1 Jn 4, 16), la persona humana está llamada a hacer de su existencia una respuesta de amor, que, en el caso del cristiano, se resume en la caridad –“el vínculo de la perfección” (Col 3, 14)–; y, como consecuencia, “convertir –por el amor– el trabajo humano de nuestra jornada habitual, en obra de Dios, con alcance

eterno” (F, 742). Por eso, como “no hay amor humano neto, franco y alegre (...) si no se vive esa virtud de la castidad” (ECP, 25), “discurrir sobre este tema significa dialogar sobre el Amor” (AD, 178). Lo que comporta, entre otras cosas, que se deba “tratar de la santa pureza con razonamientos positivos y límpidos, con palabras modestas y claras” (*ibidem*).

San Josemaría dijo y escribió en los contextos más variados que la castidad es “una corona triunfal” (C, 123), “una triunfante afirmación de amor” (S, 831; ECP, 25). Está al servicio del amor y es también su fruto o resultado. Crea en el interior del corazón la disposición necesaria para que el hombre pueda “responder que sí a su Amor, con un cariño claro, ardiente y ordenado” (AD, 178). A la vez, “la pureza es consecuencia del amor con el que hemos entregado al Señor el alma y el cuerpo, las potencias y los sentidos” (ECP, 5), haciendo posible “vivir delicadamente (...) esa finura que sólo se entiende cuando nos colocamos junto al Corazón enamorado de Cristo en la Cruz” (AD, 184). “Pero no es santa, ni agradable a Dios si la separamos de la caridad. La caridad es la semilla que crecerá y dará frutos sabrosísimos con el riego, que es la pureza. Sin caridad, la pureza es infecunda, y sus aguas estériles convierten las almas en un lodazal, en una charca inmunda, de donde salen vaharadas de soberbia” (C, 119).

“La castidad –no simple continencia, sino afirmación decidida de una voluntad enamorada– es una virtud que mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida” (ECP, 25). Y, según el mismo san Josemaría explica en una apretada síntesis, conlleva que “el querer, el dominio, el vencimiento, no lo da la carne, ni viene del instinto; procede de la voluntad, sobre todo si está unida a la Voluntad del Señor. Para ser castos –y no simplemente continentes u honestos–, hemos de someter las pasiones a la razón, pero por un motivo alto, por un impulso de Amor” (AD, 177). San Jose-

maría proclamará de muchas maneras que la castidad no es “una negación” sin más (cfr. ECP, 5; F, 92; AD, 177), ni su importancia se debe a la abstención de la actividad sexual (que sí será necesaria en los que no han sido escogidos por Dios para vivir en el matrimonio).

Es una “afirmación”. Todo ser humano ha de “ser continente, cada uno según su estado [... Pero] esta postura comporta un acto positivo, con el que aceptamos de buena gana el requerimiento divino” (AD, 182). Debido al pecado original, existe en el interior del corazón un desorden, que hace que se rebele el “estímulo de la carne” (cfr. 2 Co 12, 7) o “concupiscencia de la carne” (1 Jn 2, 16). Se manifiesta de manera particular en “la apetencia sexual, que [por eso] debe ser ordenada” (ECP, 5). Si no es así, cuando “las pasiones” no se ordenan y se ponen al servicio de la “concupiscencia de la carne”, las personas se convierten en “esclavos de la sensualidad” (cfr. ECP, 5). Eso ocurre, comenta san Josemaría, con referencia al placer y satisfacción que “Dios ha unido a las diversas funciones de la vida humana”, siempre que “el hombre, invirtiendo el orden de las cosas, busca esa emoción como valor último, despreciando el bien y el fin al que debe estar ligada y ordenada, la pervierte y desnaturaliza, convirtiéndola en pecado, o en ocasión de pecado” (ECP, 25).

Esa “ordenación” –para san Josemaría, como para la gran teología– se identifica con la integración del bien de la sexualidad en el bien de la persona. Es fruto del señorío de la persona sobre sí misma, sabedora de que “el sexo no es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad” (ECP, 24), que “la apetencia sexual (...) no es mala de suyo, porque es una noble realidad humana santificable” (ECP, 5). Por eso, el “vencimiento” propio, necesario a fin de “someter las pasiones” (AD, 177), no se ha de entender como una negación o recorte de los valo-

res de la corporalidad y sensibilidad. “Es combate, pero no renuncia (...). No ha de reducirse de ninguna manera a una negación fría y matemática” (AD, 182). Es sólo subordinación del instinto a la racionalidad exigida por la misma condición de la persona humana creada a imagen y semejanza de Dios. La “violencia” de la castidad combate la esclavitud que el “hombre viejo” o la “carne”, de que habla san Pablo, quiere imponer a los hijos de Dios. Nada de lo que pertenece al “ser” de la persona puede considerarse como menos bueno o infrahumano.

Es una “afirmación decidida de la voluntad”. El querer y el dominio que requiere esa “ordenación” no viene de “la carne, ni viene del instinto” (AD, 177), que, como tal, sólo es capaz de percibir la dimensión útil y placentera de la sexualidad. Es necesaria la actuación de la voluntad racional, porque sólo la razón es capaz de percibir el bien de la sexualidad como bien de la persona; y sólo la voluntad racional es capaz de integrarlo en el bien de la persona, impregnándolo de racionalidad.

Pero esa integración será “virtuosa”, si la decisión de la voluntad, supuesta siempre la actuación de la gracia, está al servicio del amor. Ha de darse, por tanto, en el interior de “este corazón nuestro [que] ha nacido para amar. (...) Los cristianos estamos enamorados del Amor: el Señor no nos quiere secos, tiesos, como una materia inerte. ¡Nos quiere impregnados de su cariño!” (AD, 183). Por eso “responder que sí a su Amor [de Dios], con un cariño claro, ardiente y ordenado, que eso es la castidad” (AD, 178), comporta el compromiso de la voluntad de llevar a Dios en nuestros cuerpos, ya que, por haber sido “comprados a gran precio” (1 Co 6, 20) y hechos “templos de Dios” (1 Co 3, 16), “pertenece totalmente a Dios, con alma y cuerpo, con la carne y con los huesos, con los sentidos y con las potencias” (AD, 177). Se requiere la colaboración de la libertad humana al don de la gracia, que,

teniendo lugar en el interior del corazón, se manifiesta al exterior a través del lenguaje de la corporalidad. “Nos revela la Escritura Santa que esa obra grandiosa de la santificación, tarea oculta y magnífica del Paráclito, se verifica en el alma y en el cuerpo” (AD, 178).

Como trasfondo doctrinal de la enseñanza sobre la castidad subyace, entre otros principios de la antropología cristiana, una idea del hombre que lleva a verlo con lo que podríamos calificar como una “totalidad unificada” (“unidad substancial” de cuerpo-alma, de que habla la explicación hilemórfica) y una valoración de la sexualidad como dimensión constitutiva de la persona humana.

2. Importancia para la vida humana y cristiana

El papel decisivo de la castidad en la vida humana y cristiana viene determinado por su necesidad. Si esta virtud no se vive, el existir de las personas no se desarrolla de acuerdo con su dignidad, y tampoco es posible corresponder a la gracia que el Señor pide “a cada uno, de acuerdo con su situación personal, [que] exige la práctica de las virtudes propias de los hijos de Dios” (AD, 177). De la homilía “Porque verán a Dios” son unas palabras que, de algún modo, resumen el pensamiento de san Josemaría sobre esta función e importancia: “Ciertamente la caridad teologal se nos muestra como la virtud más alta; pero la castidad resulta el medio *sine qua non*, una condición imprescindible para lograr ese diálogo íntimo con Dios; y cuando no se guarda, si no se lucha, se acaba ciego; no se ve nada, porque *el hombre animal no puede percibir las cosas que son del Espíritu de Dios*” (1 Cor 2, 14)” (AD, 175).

Espiritualmente hablando, los que “se han entregado cobardemente a la lujuria”, “no ven, ni oyen, ni entienden nada” (AD, 181). Han abdicado de lo que es más propio del ser humano, como imagen de Dios: “la inteligencia, que es como un chispazo

del entendimiento divino, que nos permite –con la libre voluntad, otro don de Dios– conocer y amar” (ECP, 24; cfr. A cfr. AD, 179). Y cuando ya no predominan “las aspiraciones de la vida espiritual”, sino que ese horizonte es presidido por la sensibilidad, el placer o la satisfacción, se oscurece la luz de la inteligencia y se debilita la voluntad. Si no se lucha por rechazar los desvaríos de la impureza se puede terminar, como advertía el confesor, “un poco rudo”: “andas ahora por caminos de vacas; luego, ya te conformarás con ir por los de cabras; y luego..., siempre como un animal, que no sabe mirar al cielo” (S, 843).

La necesidad de contrarrestar esas consecuencias explica que san Josemaría anime fuertemente a amar y vivir personalmente esta virtud: “No olvides que la pureza enreca, viriliza el carácter” (C, 144). Y también, a que mediante su valoración, se contribuya a humanizar la sociedad: “Hace falta una cruzada de virilidad y de pureza que contrarreste y anule la labor salvaje de quienes creen que el hombre es una bestia” (C, 121). Esa afirmación de la castidad cobra un vigor y vibración especiales al situarla en relación con la vida cristiana. Después de haber enumerado los recursos (formación de la conciencia, guarda de los sentidos, frecuencia de sacramentos, etc.) con que “contamos siempre los cristianos para vencer en esta lucha por guardar la castidad” (AD, 185), añade: “Me diréis que todo eso resume, sin más, la vida cristiana. Ciertamente no cabe separar la pureza, que es amor, de la esencia de nuestra fe, que es caridad, el renovado enamorarse de Dios que nos ha creado, que nos ha redimido y que nos coge continuamente de la mano, aunque en multitud de circunstancias no lo advirtamos” (AD, 186; cfr. S, 836, 837).

Una vida cristiana auténtica no se puede separar del esfuerzo por guardar la castidad, ya que, según se argumenta en esta misma homilía, “Jesucristo es el modelo nuestro, de todos los cristianos”

(AD, 175). [...] “quiere que nosotros conservemos ese ejemplo sin sombras: un modelo maravilloso de pureza, de limpieza, de luz, de amor que sabe quemar todo el mundo para purificarlo” (AD, 176). Para reflejar ese modelo o “revestirse de Cristo”, es decir, “esa obra grandiosa de la santificación”, necesitamos de la “tarea oculta y magnífica del Paráclito” (AD, 178); por tanto el cristiano ha de luchar por ser dócil a esa acción del Espíritu Santo. Sólo así el alma dispondrá de ese como instinto sobrenatural para descubrir “a Jesús que pasa *quasi in occulto* (Jn 7, 10) por las encrucijadas aparentemente más vulgares” (AD, 4). Esa motivación late en *Camino*: “Quítame, Jesús, esa corteza roñosa de podredumbre sensual que recubre mi corazón, para que sienta y siga con docilidad los toques del Paráclito en mi alma” (C, 130). Y también en la invitación a poner los medios para vencer en el combate de la castidad. “¡Qué amor a la virtud encantadora de la santa pureza, que nos ayuda a ser más fuertes, más recios, más fecundos, más capaces de trabajar por Dios, más capaces de todo lo grande!” (AD, 176).

La relación entre vida cristiana vibrante y corazones limpios, entregados al Amor, es también la razón de que la castidad sea necesaria en el apostolado. “Sin la santa pureza no se puede perseverar en el apostolado” (C, 129). No es posible, porque “tu apostolado debe ser una sobreabundancia de tu vida “para adentro” (C, 961; cfr. F, 708; AD, 5): de “una intensa vida interior”, que consiste “en ser, eficaz y realmente, hombres y mujeres que hacen de su jornada un diálogo ininterrumpido con Dios” (F, 572). Esa perspectiva hace ver que, entre otras cosas, vale la pena esforzarse por superar las dificultades que pudieran presentarse y que, en ocasiones, pudieran parecer duras y pesadas. Es una exigencia del amor a Dios y de la ayuda que se puede y debe dar a los demás. “Comparo esta virtud a unas alas que nos permiten transmitir los mandatos, la doctrina de Dios, por todos los ambientes de la tierra sin temor

a quedar enlodados. Las alas –también las de esas aves majestuosas que se remontan donde no alcanzan las nubes– pesan, y mucho. Pero si faltasen, no habría vuelo. Grabadlo en vuestras cabezas, decididos a no ceder si notáis el zarpazo de la tentación, que se insinúa presentando la pureza como una carga insoportable: ¡ánimo!, ¡arriba!, hasta el sol, a la caza del Amor” (AD, 177). Jamás se debe olvidar que la “carga” del Evangelio es “suave y ligera” (Mt 11, 30).

3. La castidad en el propio estado

Valorar como se debe la importancia de la castidad exige, junto a otras cosas, advertir que, como recuerda san Josemaría, “vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina” (ECP, 46). Por eso, la castidad es necesaria para todos. El ejercicio de esta virtud no queda “reducido” a la lucha contra el desorden de la concupiscencia, que acompaña al hombre mientras peregrina por la tierra. Además, ha de hacerse en todos los estados y etapas de la vida “de acuerdo con su situación personal” (cfr. AD, 177), es decir, conforme lo exige la propia vocación.

“Por vocación divina unos habrán de vivir esa pureza en el matrimonio; otros, renunciando a los amores humanos, para corresponder única y apasionadamente al amor de Dios. Ni unos ni otros esclavos de la sensualidad, sino señores del propio cuerpo y del propio corazón, para poder darlos sacrificadamente a otros” (ECP, 5). “Pero, en cualquier caso, cada uno en su sitio, con la vocación que Dios le ha infundido en el alma –soltero, casado, viudo, sacerdote– ha de esforzarse en vivir delicadamente la castidad, que es virtud para todos y de todos exige lucha, delicadeza, primor, reciedumbre, esa finura que sólo se entiende junto al Corazón enamorado de Cristo en la Cruz” (AD, 184).

Desde esa valoración positiva de la vida matrimonial, san Josemaría anima a

los que se preparan para el matrimonio a que comprendan “bien lo que es el amor: el Amor divino, y también el amor humano noble; y sabrán lo que es la paz, la alegría, la fecundidad” (CONV, 105). Con esa perspectiva les recuerda que “el noviazgo debe ser una ocasión de ahondar en el afecto y en el conocimiento mutuo. Y, como toda escuela de amor, ha de estar inspirado no por el afán de posesión, sino por espíritu de entrega, de comprensión, de respeto, de delicadeza” (*ibidem*). En ese mismo sentido se expresa el Concilio Vaticano II cuando dice “a los novios (...) que alimenten y fomenten el noviazgo con un casto afecto” (GS, 49) y el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que en la castidad propia de esa etapa “han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios” (CCE, n. 2350).

Con esa convicción san Josemaría asegura “a los esposos que no han de tener miedo a expresar el cariño: al contrario, porque esa inclinación es la base de su vida familiar. Lo que les pide el Señor es que se respeten mutuamente y que sean mutuamente leales, que obren con delicadeza, con naturalidad, con modestia” (ECP, 25). “Les diré también –continúa el texto– que las relaciones conyugales son dignas cuando son prueba de verdadero amor y, por tanto, están abiertas a la fecundidad, a los hijos” (*ibidem*). Con lógica coherencia, san Josemaría recordaba una y otra vez que “el verdadero amor mutuo trasciende la comunidad de marido y mujer, y se extiende a sus frutos naturales: los hijos” (CONV, 94): el amor conyugal forma parte irrenunciable de la respuesta de los casados a su vocación a la plenitud de la vida cristiana, y la apertura a la fecundidad es una dimensión constitutiva de ese amor.

En este sentido, san Josemaría alertaba de las consecuencias a que puede conducir la desnaturalización del amor conyugal: “Cegar las fuentes de la vida es un crimen contra los dones que Dios ha

concedido a la humanidad, y una manifestación de que es el egoísmo y no el amor lo que inspira la conducta. Entonces todo se enturbia, porque los cónyuges llegan a contemplarse como cómplices: y se producen disensiones que, continuando en esa línea, son casi siempre insanables” (ECP, 25; cfr. CONV, 94). Ese “no cegar las fuentes de la vida” expresa la generosidad y la fidelidad a la vocación recibida que debe guiar las manifestaciones de su amor. Ésa es la razón de que san Josemaría subraye con fuerza de palabra y por escrito: “Bendigo a los padres que, recibiendo con alegría la misión que Dios les encomienda, tienen muchos hijos. E invito a los matrimonios a no cegar las fuentes de la vida, a tener sentido sobrenatural y valentía para llevar adelante una familia numerosa, si Dios se la manda” (CONV, 94).

La familia numerosa no es, pues, sin más, la que tiene muchos hijos, sino la que es generosa con el plan de Dios: “Cuando alabo la familia numerosa, no me refiero a la que es consecuencia de relaciones meramente fisiológicas; sino a la que es fruto de ejercitar las virtudes cristianas, a la que tiene un alto sentido de la dignidad de la persona, a la que sabe que dar hijos a Dios no consiste sólo en engendrarlos a la vida natural, sino que exige también toda una larga tarea de educación: darles la vida es lo primero, pero no es todo. Puede haber casos concretos en los que la voluntad de Dios –manifestada por los medios ordinarios– esté precisamente en que una familia sea pequeña. (...). No es el número por sí solo lo decisivo: tener muchos o pocos hijos no es suficiente para que una familia sea más o menos cristiana. Lo importante es la rectitud con que se viva la vida matrimonial” (*ibidem*). Por esa razón los esposos a los que “el Señor no les da hijos, no han de ver en eso ninguna frustración: han de estar contentos, descubriendo en este mismo hecho la Voluntad de Dios para ellos. (...) No hay, pues, motivo para sentirse fracasados ni para dar lugar a la tristeza” (CONV, 96).

Amor conyugal y apertura a la vida conforman la castidad o constituyen la misma realidad. Esto equivale a decir que la relación conyugal es expresión verdadera del amor cuando se vive la castidad: “Cuando la castidad conyugal está presente en el amor, la vida matrimonial es expresión de una conducta auténtica, marido y mujer se comprenden y se sienten unidos; cuando el bien divino de la sexualidad se pervierte, la intimidad se destroza, y el marido y la mujer no pueden ya mirarse noblemente a la cara” (ECP, 25).

Proclamando la grandeza de la vocación matrimonial, san Josemaría enseña a la vez que a algunos Dios les pide más: “entregarse por amor al Reino de los cielos sólo a Jesús y, por Jesús, a todos los hombres” (AD, 184). Es el don de los que, siguiendo la llamada del Señor, viven la virginidad o el celibato por el reino de los cielos, que exige, ciertamente, la continencia; pero sólo será expresión de la virtud de la castidad si está al servicio del Amor de Dios y de los demás. Y así “es algo más sublime que el amor matrimonial, aunque el matrimonio sea un sacramento y *sacramentum magnum* (Ef 5, 32)” (*ibidem*).

Esa sublimidad del celibato se debe a su vinculación particular con el reino de los cielos. Objetivamente el celibato expresa en forma más acabada la redención del cuerpo, como será en la resurrección. El matrimonio expresa esa misma redención mediante el sacramento, según la condición de este mundo. Pero desde la perspectiva de las existencias concretas, “lo que interesa, sobre todo, es la correspondencia de cada uno a su propia vocación: para cada uno, lo más perfecto es –siempre y sólo– hacer la voluntad de Dios” (CONV, 92). El don del celibato y el matrimonio son dos tipos de llamada vocacional que se necesitan: ninguna expresa completamente por sí sola el misterio del amor de Cristo por la Iglesia. Y se complementan: el celibato “recuerda” que la castidad propia del matrimonio ha de vivirse

con la perspectiva del reino de los cielos; el matrimonio, que la castidad del celibato no puede quedarse en una universalidad abstracta, ya que sólo las personas singulares pueden ser amadas. Por eso “no hay contradicción alguna entre tener este aprecio a la vocación matrimonial y entender la mayor excelencia de la vocación al celibato” (*ibidem*). En el fondo, porque uno y otro son modos que expresan que “la existencia del cristiano –la tuya y la mía– es de Amor” (AD, 183).

Voces relacionadas: Celibato; Matrimonio.

Bibliografía: AD, 175-189; C, 118-145; ECP, 24-26; S, 831-849; Josef PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1980; Augusto SARMIENTO, “La castidad, integración del bien de la sexualidad en el bien de la persona”, en *Id.* - Tomás TRIGO - Enrique MOLINA, *Moral de la persona*, Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 197-211; Karol WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Madrid, Razón y Fe, 1978.

Augusto SARMIENTO

CATEQUESIS, LABOR Y VIAJES DE

1. Durante los primeros años de su sacerdocio (1925-1931).
2. Desde la fundación del Opus Dei hasta el comienzo de la Guerra Civil española (1928-1936).
3. En los años sucesivos (1939-1970).
4. Las grandes catequesis en los últimos años de su vida (1970-1975).

San Josemaría afirmó siempre que “el Opus Dei es una gran catequesis”, pues se propone avivar en los fieles corrientes la urgencia de la llamada a la santidad, al tiempo que ofrece la formación doctrinal de la fe cristiana y los medios ascéticos y espirituales para alcanzar ese fin. El afán del fundador por difundir la doctrina cristiana comenzó muy pronto: desde que el Señor se cruzó en su vida, preparándolo para la misión a la que le destinaba, y

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.